

ebooks Alfa Eridiani N' 13

*Especial*  
*Undécimo*  
*Aniversario*

VV. AA.

ISSN: 1695-1859



9/11  
2013



Especial Undécimo Aniversario  
Varios autores

## Especial Undécimo Aniversario

Varios Autores

Ebooks Alfa Eridiani N° 13

**Edita:** Asociación Alfa Eridiani.

**Comité de Redacción:** José Joaquín Ramos, Graciela I Lorenzo, José Ángel Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

**Colaboradores:** Iñigo Fernández.

**Ilustrador de portada:** Olga Apiani.

**Resto Ilustraciones:** Pat MacDougall, Sue Giacomán y Olga Apiani.

**Conversión a epub y mobi:** José Ángel Menéndez.

**Infografía portada:** Graciela I. Lorenzo.

### ÍNDICE:

**PRÓLOGO** ..... 4

#### **TERRIBLE AMANECER**

por Israel Vallejo Ródenas .....5

#### **EL SEGUNDO IMPACTO**

por Claudio Amodeo ..... 11

#### **SELECCIÓN NATURAL**

por Jerson Lizarazo ..... 17

Subido a la red el 20 de Noviembre de 2013

### **Aviso Legal Importante:**

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

**ZONA DE DESCARGA:** <http://www.alfaeridiani.info>

**E-MAIL DE CONTACTO:** [alfaeridiani@yahoo.es](mailto:alfaeridiani@yahoo.es)

**FACEBOOK:** <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

## PRÓLOGO

**E**stimados amigos:  
Es para nosotros todo un honor el presentaros este ebook, resultado de vuestras aportaciones al I Concurso Anual de Relatos de Ciencia Ficción Alfa Eridiani.

Recordemos que las premisas principales eran:

1ª Los relatos debían poder encuadrarse dentro de la ciencia-ficción y estar relacionados con un problema medioambiental más o menos inmediato.

2ª El cuento debía iniciarse con el siguiente párrafo:

Que el Programa de la Naciones Unidas para el Medio Ambiente convocase una rueda de prensa urgente, era algo sin precedente en sus cuarenta años de existencia. Cuando su Director Ejecutivo entró en la sala de conferencias, la expectación era máxima.

Hemos recibido una amplia respuesta, no solo de España y Latinoamérica, sino también de lugares como Australia, hecho que queremos agradecer a los participantes.

¿Cuáles fueron elegidos? Tres magníficos relatos:

*Terrible amanecer* de **Israel Vallejo Ródenas**,

*El segundo impacto* de **Claudio Amodeo**,

*Selección natural* de **Jerson Stiven Lizarazo**.

Los tres comparten el matiz de ser un tanto apocalípticos. Van desde la descripción de tres posturas ante la desaparición de la flora y fauna del Mediterráneo, como en *Terrible Amanecer*, hasta la desaparición de nuestra especie de forma inmediata o postergada, como en los otros dos cuentos.

Ya solo queda esperar que la lectura os invite a la reflexión sobre este tema y que disfrutéis leyendo esta antología tanto como nosotros lo hemos disfrutado.

El Equipo Editorial.



## TERRIBLE AMANECER

por Israel Vallejo Ródenas

Finalmente el calentamiento global ha pasado factura a la humanidad y algunos de los pronósticos más temibles se han cumplido. En el seno de este caos, Erik Åland, Roberto Gómez y Fabio han decidido afrontar la crudeza de su nueva realidad desde trincheras tan diversas como las de la vergüenza, la desesperación y la indiferencia.

Que el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente convocase una rueda de prensa urgente, era algo sin precedente en sus cuarenta años de existencia. Cuando su Director Ejecutivo entró en la sala de conferencias, la expectación era máxima. Medios de comunicación de todo el mundo se habían dado cita aquella mañana de abril, sabiendo que la comparecencia podría cambiar la historia, o al menos darles material para una buena crónica.

Erik Åland, un hombre de mediana edad que hacía gala de un aspecto claramente nórdico y un cuidado traje de corte inglés, llevaba bajo su brazo derecho una pequeña carpeta con el logo de las Naciones Unidas. Al llegar al estrado, ordenó sus papeles, bebió un poco de agua de un vaso colocado a su izquierda y miró al público reunido en la sala.

—Desde que empezó el milenio, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente ha intentado concienciar al mundo de la necesidad de ralentizar el cambio climático. Seré sincero con ustedes: todos los miembros somos conscientes de nuestro fracaso.

Durante la breve pausa que siguió, tan sólo se escuchó el sonido de los flashes de los fotógrafos.

—Las consecuencias de esto ya las conocen ustedes, por lo que no me detendré demasiado en ellas. El hielo en el Polo Norte desapareció en 2026 y, por desgracia, nuestras estimaciones apuntan a que el Polo Sur correrá la misma suerte en una década a lo sumo —explicó el Director Ejecutivo—. Sin embargo, no les he citado hoy aquí para hablar de este problema. Lo anunciaré sin rodeos: el mar Mediterráneo ha muerto.

La impactante declaración dio paso a un coro de exclamaciones de sorpresa, tanto de los periodistas congregados como de otros asistentes al acto. El hombre se aclaró la garganta y continuó, fija su mirada al frente:

—Llevamos varias décadas advirtiendo del calentamiento del mar Mediterráneo, lo que provocaba la desaparición de la posidonia oceánica, una especie clave de alga endémica de la zona para el mantenimiento de la vida acuática. Su desaparición se aceleró en los últimos años hasta llegar a extinguirse en fechas recientes. Y con ella, casi toda la fauna de sus aguas.



**Especial undécimo aniversario**

---

Uno de los periodistas, un joven bien vestido que sujetaba en sus manos un cuaderno de notas y un bolígrafo, levantó la mano dispuesto a preguntar.

—John Stillman, de la CNN. Señor Åland, eso que usted acaba de afirmar es muy grave. ¿Están totalmente seguros? Y en todo caso, ¿hay marcha atrás?

—No tenía pensado permitir preguntas, pero aclarando sus dudas la situación actual quedará más clara. Sí, desde el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente tenemos la absoluta certeza de que nuestro diagnóstico es acertado. Y acerca de su segunda pregunta, nuestros expertos están intentando dar con una solución, aunque todo parece indicar que es irreversible.

Ahora fue una mujer, de perfecto peinado y gafas gruesas, la que alzó su brazo.

—Susan Garrison, del Washington Post —comenzó la reportera, acomodándose en su silla—. Usted ha dicho, y cito textualmente, «el mar Mediterráneo ha muerto». Pero luego ha afirmado que ha desaparecido casi toda su fauna. ¿No le parece un tanto contradictorio? ¿Podría aclararlo?

—Entiendo su duda, debo admitir que no me he explicado del todo bien. El aumento de la temperatura trajo dos consecuencias: la extinción de la posidonia oceánica y el resto de especies animales y vegetales, pero no de todas. Recientemente hemos estado observando una proliferación alarmante de varias especies de medusas —volvió a llevarse el vaso a los labios—. La situación irá a peor próximamente, puesto que la ausencia de depredadores les permitirá extenderse de forma exponencial. Ahora mismo carecemos de los datos para poder prever qué pasará a continuación, pero la lógica nos dice que no pasará mucho tiempo, probablemente días, hasta que estas «masas de medusas» comiencen a llegar a las playas.

—Pero, según lo que tengo entendido —terció de nuevo el corresponsal de la CNN—, las plagas de medusas son algo habitual en el Mediterráneo.

Tras escuchar las palabras del periodista, Åland apretó fuertemente los puños. Durante un momento pareció que perdería la compostura presa de la ira.

—¿Creen ustedes que les habríamos convocado hoy aquí para informarles de una simple plaga de medusas? —preguntó en tono elevado—. Intentaré sintetizar el problema para que lo entiendan: la flora y fauna del mar Mediterráneo han desaparecido prácticamente en su totalidad para ser sustituidas por una ingente población de ejemplares del filo Cnidaria. ¡Su número podría elevarse a cientos de millones!

En la sala se escuchó un nuevo murmullo de sorpresa, que se ahogó en un profundo silencio. Otro periodista, una joven vestida con pantalones vaqueros, blusa y chaqueta blazer, levantó la mano.

—Sarah Jones, de la NBC —comenzó—. ¿Hay alguna manera de solucionar o, al menos, paliar el problema?

—Nuestros expertos están estudiando un posible curso de acción —contestó Åland negando con la cabeza—, pero entiendan que estamos ante una situación muy



compleja. La ONU ya está poniéndose en contacto con los países bañados por sus aguas para informarles de las pautas a seguir. A modo personal, acepten este consejo: no se bañen en el Mediterráneo. Buenos días.

Dicho esto, recogió sus papeles, cerró su carpeta y se dirigió con paso firme a la misma puerta por la que había entrado a la sala, dejando atrás el guirigay de los medios de comunicación.

\*\*\*\*\*

—¿¡Qué pasa, que ahora no vamos a poder ir de veraneo a la playa o qué!? ¡Joder con la ONU de las narices!

El hogar familiar de los Gómez, un pequeño piso en la séptima planta de un enorme edificio en Alcobendas, se encontraba inmerso en el almuerzo, momento en el cual los cinco miembros de familia (padre, madre y tres hijos de diferentes edades) se reunían delante del informativo de las tres de la tarde.

El patriarca, Roberto, seguía haciendo aspavientos mientras un reportero del canal enviado a la sede de las Naciones Unidas seguía dando detalles de la comparecencia del Director Ejecutivo del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

—¡Roberto, por Dios! —le regañó Josefina, su mujer—. ¡Te tengo dicho que no te cabrees viendo el telediario, que luego te da acidez!

—Pero, niña, ¿tú estás escuchando lo que yo? Los políticos estos no paran de decirme qué puedo y no puedo hacer, ¡coño!

Josefina levantó la vista de su plato de lentejas para mirar a su esposo, que al sentirse traspasado por su silencioso reproche decidió bajar la cabeza y concentrarse en cazar el último trozo de chorizo con su cuchara.

Cuando terminó el reportaje y el presentador del telediario dio paso a los deportes, Pilar, la mediana de sus tres hijos, intentó hacer entrar en razón a Roberto:

—Pero, papá, ya has escuchado lo que han dicho. Se les ha ido el tema de las manos y nos advierten por lo que pudiera pasar.

—Si tan mal está la cosa —le respondió su padre—, que lo arreglen, que para algo están cobrando sus buenos sueldos. ¡Anda que...! Ssssh, calla, que van a poner el resumen del Barça-Madrid de anoche.

—Escúchame, papá... —intentó continuar la chica.

—¡Silencio, joder! —la cortó secamente Roberto sin perder detalle de las jugadas más polémicas del partido.

Elisa, su hija mayor, se apartó de la mesa con estrépito, volcando su silla. Con la cara encendida por la furia, se encaró con su padre:

—¡Tú siempre igual, «que lo arreglen los demás»! ¡No moverías un dedo para de-

fender lo que realmente importa, ni aunque descendieran a esa mierda de equipo tuyo!

Roberto apartó lentamente la mirada de la pantalla del televisor para mirar a su primogénita. Josefina sabía que, cuando se mostraba más tranquilo, era cuando más furioso estaba.

—Siéntate y termina de comer. Y lávate la boca antes de hablar del Real Madrid —se limitó a decir el hombre con frialdad.

—Y además —continuó la muchacha—, sólo te quejas de que no podremos ir a la playa. ¡¿En serio?! ¿El mar Mediterráneo se muere y sólo se te ocurre quejarte de que no podremos ir a veranear a Málaga?

Cogiendo la cuchara que había estado utilizando hasta hace un momento, Elisa acusó a su padre:

—¿Te has parado a pensar, aunque sólo haya sido por un momento, en la gente que vive de la pesca?!

—¿Que se busquen otra cosa! Cuando me largaron de la fábrica tuve que buscarme la vida. Si no me hubiera ido tan bien —comentó Roberto con sorna—, dudo mucho que ahora estudiases en la universidad.

Unas lágrimas consiguieron abrirse paso en los ojos de la muchacha, tocada y hundida en su orgullo. Dándose la vuelta con rapidez, se dirigió a la puerta del hogar, desde donde gritó «¡Estoy harta de esta mierda de casa!» antes de dar un fuerte portazo.

Josefina volvió a mirar con reproche a su marido, que había vuelto su atención al televisor. *Roberto, Roberto, pensó, no se puede decir que no sea hija tuya, sois los dos igual de cabezones.* A su lado, Robertito, el benjamín de la familia, manoteaba en su plato de puré ajeno a la escena.

\*\*\*\*\*

—Qué terrible amanecer —dejó escapar Fabio entre dientes mientras bebía café en el porche de su casita.

Se trataba de un pensamiento, una idea lanzada al aire puesto que no había nadie junto a él, una triste realidad. Desde su hogar, una destartalada casa de planta baja a varias decenas de kilómetros de la bulliciosa ciudad de Licata, siempre había podido disfrutar de una vista privilegiada de la costa sur siciliana. En los días de verano más despejados, incluso podía alcanzar a ver las islas de Pantelleria, Lampedusa y Malta.

El alba de aquel día veraniego prometía un cielo limpio, pero aquello poco le importaba a Fabio. Su atención no podía apartarse de la playa, apenas a unos metros de sus pies, y sobre todo del mar. O más bien de lo poco que de él podía avistarse.

Tal y como advirtieron en los días anteriores los boletines informativos de la emi-



sora estatal RAI Radio 1, la primera gran oleada de medusas había llegado a la isla. Todo era «aguamalas», como siempre se habían referido a ellas sus padres, hasta donde le alcanzaba la vista.

El hombre paseó su vista de la costa a su pequeña barquita y sus aparejos de pesca, situados a apenas unos metros de su hogar. Aquella mañana no podría navegar, ni la próxima, ni probablemente ninguna otra. La radio había informado de que la situación parecía ser irreversible, aunque todavía no podía perderse la esperanza puesto que la comunidad científica internacional estaba volcada en el problema.

Sin embargo, cualquier solución probablemente llegaría muy tarde para Fabio. Recordó la primera vez que salió a faenar con su padre, un siciliano flaco de tez tostada por el trabajo al aire libre. Le había enseñado todo lo que sabía, permitiéndole ganarse después la vida. Una vida que, si bien no había resultado lujosa, sí le permitió ser libre junto a su gran pasión, el mar.

¿Y ahora qué?, pensó. Ya era demasiado viejo para dedicarse a otra cosa, pero odiaba la idea de dejar su casita y poner rumbo a Licata. No sabía qué hacer en un lugar tan poblado, en el que le resultaría imposible escuchar sus propios pensamientos entre el bullicio y el ruido de los coches.

Por sus mejillas rodó una lágrima, que al llegar a sus labios le recordó el sabor salado en su boca después de un día de pesca. Pero también tomó una resolución. Dejando la taza en la desportillada baranda del porche, entró a por su ropa de pescar. Una vez preparado, salió a cargar sus aparejos en la barquita. Poco a poco, con la ayuda de varios troncos del grosor de su brazo, fue moviendo la embarcación en dirección al agua, pisando los cadáveres de las medusas que se habían acercado demasiado a la arena.

Al llegar a la orilla, Fabio apartó los troncos y empujó su barquita desde la popa. Esta tarea, que nunca le había supuesto un gran esfuerzo, se demostró como complicada en esta ocasión debido a la resistencia de los invertebrados que plagaban el agua. Finalmente, tras varios empujones consiguió que avanzara lo suficiente para, con un último esfuerzo, subirse él mismo y caer rendido en el fondo de la embarcación.

Recuperado el aliento, se acercó de nuevo a la popa con uno de los remos para alejarse trabajosamente de la orilla. Cada palada le suponía un ímprobo esfuerzo sólo para avanzar la distancia de su propio brazo, pero Fabio, su rostro bañado en sudor, no cejó en su empeño. Pasó una larga hora hasta que dejó de tocar el fondo arenoso con el remo, hasta que se adentró lo suficiente en aquel cementerio de agua salada.

El pescador dejó la pala al lado de su compañera y se sentó a contemplar el espectáculo. Donde quiera que mirara sólo podía ver medusas, de diferentes tipos y tamaños, algunas que parecían muertas, otras que bullían de actividad. Ni en sus peores pesadillas había contemplado un panorama semejante, pero por desgracia aquello era muy real.





Levantándose lentamente, comenzó a despojarse de su ropa. Los pantalones, cien veces remendados; sus sandalias, de fuerte cuero siciliano; y su descolorida camiseta, un recuerdo de la última gran victoria de la selección italiana de fútbol muchos, muchos años atrás. Su piel bronceada, curtida por tantos años de trabajo, absorbió los rayos del sol de la mañana.

Fabio miró una última vez hacia su hogar, antes de zambullirse en el mar de medusas.

© Israel Vallejo Ródenas

**ISRAEL VALLEJO RODENAS (Málaga, 1985), licenciado en periodismo y escritor aficionado. Educado en un hogar en el que los libros siempre ocuparon un lugar muy especial, se decantó pronto por las letras como forma de vida. Tras completar sus estudios universitarios, encadenar varios trabajos como becario y vivir una temporada en el Reino Unido, su amor por la ficción en todas sus formas le obliga a coger el bolígrafo cada vez con más frecuencia para pensar «¿y si...?».**



## EL SEGUNDO IMPACTO

por Claudio Amodeo

En esta historia, Claudio Amodeo nos presenta una visión apocalíptica del mundo en el que, a pesar de los embates de la naturaleza, los hombres lo han perdido todo salvo una cosa: la esperanza. ¿Cuánto tiempo pasará antes que la pierdan? Y una vez que eso haya sucedido, ¿cuánto tiempo transcurrirá para que pierdan su condición de seres humanos?

Que el Programa de la Naciones Unidas para el Medio Ambiente convocase una rueda de prensa urgente, era algo sin precedente en sus cuarenta años de existencia. Cuando su Director Ejecutivo entró en la sala de conferencias, la expectación era máxima. Su rostro estaba bañado en sudor y apretaba los dientes como quien contiene un grito de espanto. Detrás de él, una enorme pantalla mostraba la amenaza inminente, nuestro destino fatal.

Todos contuvimos la respiración mientras el Director aproximaba su rostro al micrófono. Movi6 los labios lentamente y susurr6 apenas tres palabras directas. Tres palabras que conmocionarían al mundo.

—Es el final.

\*\*\*\*\*

Despierto. Estoy aturdido y desorientado. Me resulta muy difícil comprender dónde me encuentro. La oscuridad es total. Me incorporo en mi lecho e intento perforar la noche con mis ojos. Sin embargo, no hace falta. Los ronquidos reverberando en la piedra me devuelven un sinnúmero de recuerdos dolorosos. Ellos son los encargados de decirme quién soy y qué hago aquí. Lamentablemente.

Han pasado unos cuantos meses desde el primer impacto y ya hemos perdido la noción del tiempo. Los días y las noches son indistinguibles debajo de la tierra y aunque nos asomamos cada tanto a la superficie, no podemos determinar el paso de las horas en esta penumbra eterna en la que estamos envueltos. Los artefactos electrónicos han muerto con las radiaciones y todo cálculo manual se ha puesto en tela de juicio con la llegada abrupta de un invierno glacial que puede durar años.

Desconocer la fecha exacta en que nos encontramos nos hace dudar acerca del segundo impacto. Nos miramos, nos encogemos de hombros. Nos permitimos reír y hasta creer que éste nunca llegará. Pero en el fondo, en lo profundo de nuestros corazones, somos conscientes de que el fin arribará en un momento u otro y que no podremos escapar a nuestro destino. Estamos condenados. Moriremos todos. Ya debe faltar poco. Ciento veinticinco días no pueden ser eternos.

Y sin embargo estamos vivos.

Me levanto. Es hora de ponerse en marcha.



**Especial undécimo aniversario**

---

Lando camina delante. Cojea de la pierna derecha y gruñe cuando las piedras pequeñas le punzan en las plantas de los pies, a través de la delgada suela de sus zapatos. Señala hacia delante y afirmo con un movimiento de cabeza. Caminamos hacia el haz de luz con creciente interés. La fisura en la roca es pequeña, pero lo suficientemente importante como para que los dedos de nuestras manos pasen hacia el otro lado y palpen la superficie helada.

—Es una capa de hielo compacta —dice—. No podremos romperla sin causar un derrumbe.

—Tendremos que correr el riesgo —respondo y abro la bolsa que traigo conmigo. Busco en su interior y saco un cilindro largo y oscuro. Lo contemplo bajo el mortecino haz de luz y resoplo—. Necesito un cigarro urgente. Creo que sería capaz de fumarme uno de éstos.

Lando suelta una risa quejumbrosa. Su rostro sucio y herido es frío y duro como una piedra, pero cuando se ríe se transforma, parece iluminarse.

—¡Hazlo! ¡Me gustaría ver cómo te queda la cabeza a la segunda calada!

Intento devolverle la sonrisa y coloco el cartucho en la ranura. La mecha cuelga hasta dentro de la bolsa y decido cortarla un poco más arriba. Hay que ahorrar todo cuanto se pueda.

—Correrás rápido, ¿no? —le digo.

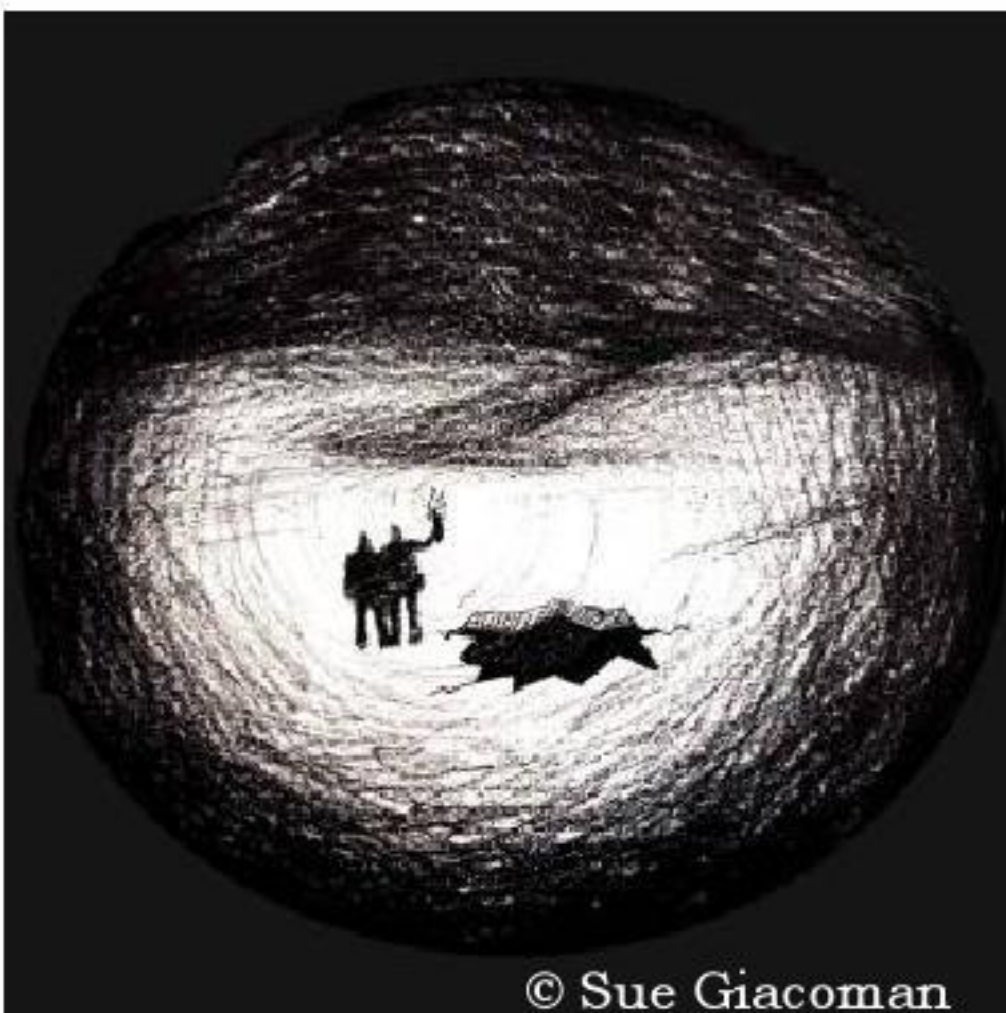
—Qué más da. Si me la haces fácil podría aburrirme.

Cierro la bolsa tirando de la pequeña sogá y me la cargo al hombro. Luego saco el mechero del bolsillo y lo enciendo. Con Lando nos quedamos viendo la llama durante unos instantes, con verdadera devoción. Es hipnotizante.

—El sol... —murmura.

—Sí, a mí también me recuerda lo mismo. Vamos.

Nos alejamos unos pasos de la fisura y extendiendo la mano. La llama acaricia la mecha y el destello nos da la señal de largada. Corremos por el túnel hasta el primer recodo y nos ponemos a resguardo. El siseo llega a su fin y un estallido seco lo reemplaza. Una furiosa nube de polvo cruza a nuestro lado y nos envuelve. Luego, el frío glacial hace lo propio y



© Sue Giacomán

nos indica que hemos logrado nuestro cometido.

Cuando el polvo se disipa regresamos al túnel principal y descubrimos el boquete que la explosión ha abierto en la roca. Una tormenta de viento y nieve sucia se cuela por el hueco. El frío nos espabila. Nos ajustamos la capucha y nos colocamos los



guantes. Aún así continuamos temblando. Lando aprieta los dientes y alza el pulgar. Estamos listos.

Salimos por el hueco y pisamos sobre la superficie de hielo y polvo con cuidado. Nuestros zapatos gastados son torpes, pero son todo cuanto tenemos. Afuera el rugido del viento es ensordecedor. La nieve nos golpea y nos obliga a protegernos el rostro. Lando señala hacia la derecha y lo sigo. Caminamos sobre las rocas despacio, buscando adaptarnos lo mejor posible al terreno, mientras un vendaval nos azota e intenta desestabilizarnos. La colina presenta un paisaje desolado, allí donde pocos meses atrás existía una tupida población de abedules y zarzas. Está cubierto de nieve manchada y piedras hasta donde abarca la vista.

Lando señala una pendiente y la escalamos con cuidado. Son pocos metros. Desde allí se domina una zona mayor. Miramos en derredor buscando una señal que parece imposible. Todo aquí es similar, indistinguible, desorientador. Siento que un grito desesperado intenta emerger por mi garganta y me tomo la cabeza. Afortunadamente, Lando reanuda la marcha y debo seguirlo. Nos movemos con dificultad durante largos y sufridos minutos y siempre hallamos el mismo espectáculo visual: un cielo plomizo que escupe nieve sucia sobre el terreno áspero y accidentado. La luz que nos ilumina es pobre y genera enormes sombras impenetrables que confunden nuestras esperanzas. Es inútil seguir buscando. Es una tarea titánica e infructuosa. Lando parece pensar igual y me hace una seña que indica que debemos regresar. Ya hemos consumido nuestros pocos minutos de exposición al mundo exterior. El frío y el polvo presente en el aire podrían ser letales en mayor medida.

Desandamos el camino recorrido con cierta dificultad y encontramos el boquete en la roca, medio cubierto por la nieve. Cavamos un poco con las manos y nos deslizamos al interior del túnel, de regreso a la seguridad del corazón de la montaña.

—En pocas horas el hueco estará bloqueado por completo —dice Lando pensando en voz alta. No agrego nada. No tengo fuerzas. Lo que he visto afuera acabó por quitarme las energías.

El camino de regreso es muy conocido. Una docena de túneles cavados en la roca convergen, como las raíces de un árbol, en un refugio frío y húmedo. Allí veintiuna personas desaliñadas nos aguardan con creciente expectativa. Contándonos a Lando y a mí somos cuatro hombres en el grupo, pero los otros dos son prácticamente ancianos y no pueden servirnos de mucha ayuda. Luego hay ocho mujeres, seis niñas y cinco niños. La edad de todo el conjunto es de lo más dispar y sin embargo, la expresión de sus rostros es la misma. La pobre e insegura luz de una antorcha muestra el cansancio y la desesperación frente a mis ojos. Es la desolación de aquellos que saben que van a morir, más tarde o más temprano.

Me detengo frente a esta postal de la impotencia y Lando me imita.

—¡Tenemos buenas noticias! —grito. El grupo exclama y todos se acercan a la carrera. *¿Qué es?*, me preguntan, *¿es comida?* Sus semblantes se han transformado en un instante. Lando me dedica una mirada confundida, pero no dice nada.



—¡Sí, es comida! —continúo—. Hallamos otro refugio hacia el norte y calculamos que hay reservas como para otro semestre.

Los gritos de júbilo reverberan en las paredes rocosas y los niños saltan de alegría. Los hombres y mujeres nos abrazan y Lando les dedica una sonrisa tímida.

—Sí, fue todo un hallazgo... —murmura.

—El único inconveniente —continúo— es que el boquete por el que salimos al exterior ya está obstruido con nieve. Sin embargo, mañana podremos reabrirlo con otra descarga y saldremos en busca de la comida.

Otros gritos de alegría estallan en la oscuridad del refugio y hay más felicitaciones y agradecimientos. Alguien eleva una oración al cielo y yo siento que el corazón me estalla en el pecho. Lando ha de sentirse de igual manera, porque busca alejarse del grupo y elude algunos abrazos y preguntas molestas.

—Estamos muy cansados —dice—. Tenemos que reponer energías.

—Es verdad —admite uno de los ancianos—. Coman algo y descansen. Mañana será un día muy importante.

Nos conducen hacia las camas de piedra y nos acercan cuencos humeantes de sopa que alguien más estaba por comer. Lando me mira con culpa, pero yo lo incito a aceptarlo.

—Vamos, lo necesitas —le digo—. Mañana deberemos cargar con muchas cosas desde el otro refugio.

Comemos la sopa y disfrutamos de las muchas delicadezas que nuestros compañeros nos quieren dedicar.

Cuando finalmente quedamos solos en nuestro rincón, Lando me lanza una mirada desesperada y susurra palabras cargadas de miedo.

—Me siento muy mal —dice—. ¿Qué estamos haciendo?

—Lo mejor que podemos. ¿Viste sus caras? ¿Viste la desesperación en sus ojos? No les podíamos decir que allá afuera no hay nada, que el mundo está muerto y que no queda más por hacer que aguardar el impacto del segundo asteroide.

—Lo sé, lo entiendo. Pero ¿qué haremos mañana cuando regresemos con las manos vacías? Su desconsuelo será peor entonces. ¿Cómo les diremos que no existe el otro refugio, que ya no hay más comida para nadie?

No respondo. Dejo que el silencio sea quien hable por mí. Lando comprende de inmediato.

—¿Quieres que sigamos con la mentira? ¿Hasta cuándo nos la creerán? Nos quitarán la dinamita y harán sus propios intentos. ¡Se matarán!

Nuevamente el silencio es su respuesta y, seguramente, eso le estará agradando cada vez menos.



—¿Qué diablos estás pensando? ¿Cómo esperas que acepte una cosa así?

—Realmente lo siento por tu hermana, Lando. Y por los niños, por supuesto. Pero creo que ya se nos han acabado todas las posibilidades. Sólo puedo pensar en una cosa, y tú sabes qué es. ¡Vamos! ¿A qué esperaremos? ¿A que se acaben definitivamente nuestras reservas y nos convirtamos en caníbales? ¿A que nos matemos entre nosotros como fieras salvajes? Porque ese es el destino que nos aguarda.

—Pero el segundo asteroide...

—¡Olvidate del segundo asteroide! Ya no caerá. Su trayectoria habrá cambiado tras el primer impacto, o por la acción de la Luna. ¿Cómo saberlo? Ya no hay nadie afuera para decírnoslo. Lo cierto es que esta es nuestra realidad y cada día estaremos peor. El mundo es inhabitable y ninguna nueva humanidad nacerá de esta tumba de piedra en la que estamos enterrados vivos. Eso es evidente.

»¿Qué harás cuando el primer niño muera de hambre, o por alguna enfermedad? ¿Comerás su carne? ¿Lucharás por esa presa? ¡Entiéndelo, Lando! Hemos perecido desde el mismo momento en que nos refugiamos aquí abajo. No podemos pretender que todo vuelva a ser como antes del cataclismo. Le llevará muchos años a la naturaleza recuperar todo lo perdido. ¡Cientos de años!

»Nosotros seremos como esos mamuts de los documentales. Y en el mejor de los casos, alguien nos hallará congelados dentro de un bloque de hielo. Pero si eso ocurre, espero que nos encuentre en una pieza y no mutilados a dentelladas. Prefiero morir mil veces como hombre que sobrevivir como animal.

Mis palabras son certeras y muerden en nuestras mentes con voracidad. Son filosas y duelen y no podemos arrancárnoslas de la piel sin desgarrarnos por dentro.

—Estamos condenados —sentencia Lando.

Me siento en el lecho y con la mirada repaso a todos los demás, ubicados a lo largo y a lo ancho del refugio. Los familiares directos forman pequeños grupos. Los amigos, como Lando y yo, nos ubicamos más aislados. Los desconfiados duermen solos en algún rincón oscuro.

—Al menos les hemos dado un último descanso plácido —digo—. Estarán soñando que una nueva vida es posible, que, como dicen, siempre se halla una solución a los problemas... Ni siquiera se darán cuenta de lo que ha ocurrido.

—No sé, no sé. ¡Tanto esfuerzo para nada! ¡Tantas previsiones en estos malditos refugios para morir acorralados como ratas!

Lando resopla y maldice por lo bajo. Entiende que tengo razón y que esta será la mejor solución. Lo entiende, pero aún se niega a aceptarlo.

—No podemos hacer otra cosa —insisto—. ¿Me ayudarás? Debemos aprovechar que los demás están durmiendo. Todo ocurrirá en un instante. Nadie sufrirá.

He ahí la palabra clave. Sufrimiento. Hemos sufrido desde el mismo día en que supimos que un condenado asteroide de un tamaño aterrador, nos impactaría y que



nada podríamos hacer. Hemos sufrido al abandonar nuestras casas y familias e internarnos en los refugios más cercanos y continuamos sufriendo cada segundo luego del increíble impacto, luego de los huracanes y de las lluvias de sulfuros, luego de los maremotos y los resquebrajamientos de tierras. Los que hemos sobrevivido, lo hemos sufrido. Y lo continuaremos haciendo hasta el fin de nuestras vidas, hasta que no queden más huesos que roer ni piedras que lamer. Hasta que el destino nos reclame la existencia.

La mente de Lando hace clic. Se pone de pie y se revuelve los cabellos.

—Al final fumaremos ese maldito cigarro tuyo —dice y me mira.

Aprieto los labios y asiento. Me pongo de pie y extraigo la bolsa con la dinamita de debajo de la cama. Luego me vuelvo hacia él y lo abrazo a modo de despedida.

—Será una profunda calada, amigo. Una muy profunda.

\*\*\*\*\*

Una sombra cruza en la distancia. Fugaz, temible. Un gemido escapa de los labios de la presa. Está acorralada.

Salto. Desde aquí domino el recinto. No veo, pero intuyo su presencia. El olor del miedo llega hasta mis fosas nasales.

Rodeo una roca y continúo ascendiendo. Estoy a pocos metros de mi objetivo.

La sombra reaparece y se aproxima a la presa. Es veloz y sigilosa. Debo actuar de inmediato. ¡No puedo permitir que me arrebatte el botín!

En algún lugar de mi mente me lamento por lo que soy. Si no hubieran fallado los cartuchos, si no se hubieran despertado todos a tiempo para correr, esto no sería así. Al menos tendríamos un poco de dignidad. Habríamos muerto como personas... La culpa es de Lando, no hay dudas. No estaba convencido. No tenía las agallas... ¡Y ahora pretende robarme la presa...!

El instante de lucidez desaparece. El animal resurge. Tengo que cubrir mis necesidades.

Salto encima de la presa y suelto un grito amedrentador, un aullido de furia y de hambre. En la oscuridad del recinto, creo ver los ojos pequeños y asustados. Es una imagen desgarradora, pero que a mí me sabe a triunfo.

¡Tengo al niño! ¡Es mío! ¡Muérete, maldito Lando! ¡Es mío!

© Claudio Amodeo

**Nací en la ciudad de Buenos Aires, en 1977. Soy Analista de Sistemas de Información, estoy casado y tengo dos hijas. Mi hermano me enseñó a leer y mi padre a qué leer. Crecí con la CF corriendo por las venas y hoy puedo darme el lujo de crear mis propios cuentos del género. Me publicaron unos cuantos relatos en diferentes revistas digitales y en papel y fui finalista en diversos concursos. Entre ellos el Domingo Santos 2009, el Alberto Magno 2011 y el Avalón 2012.**



## SELECCIÓN NATURAL

por Jerson Lizarazo

Hay muchos tipos de guerras y diferentes maneras de pelearlas. Ésta, en particular, representa la metamorfosis del sueño más acariciado de la humanidad en una auténtica pesadilla cuyo campo de batalla lleva por nombre... «La Tierra».

Que el Programa de la Naciones Unidas para el Medio Ambiente convocase una rueda de prensa urgente, era algo sin precedente en sus cuarenta años de existencia. Cuando su Director Ejecutivo entró en la sala de conferencias, la expectación era máxima.

Los pasos del hombre que se dirigía al estrado, que en otras circunstancias habrían producido un notorio eco (debido a la excelente acústica del lugar), fueron acallados por los sonoros y característicos cuchicheos de la multitud de periodistas. Ya se habían hecho las innecesarias presentaciones, propias del protocolo, y Achim Steiner, Director Ejecutivo del PNUMA, se tomó un segundo para carraspear frente al micrófono antes de hablar.

—Seré breve. Hemos convocado a los medios para hacer pública la solicitud a todos los ciudadanos del mundo para que se abstengan de consumir cualquier clase de alimento proveniente de los siguientes países: Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Panamá, Perú y Surinam. Sus habitantes recibirán las provisiones que, en la medida de nuestras posibilidades, logremos suministrar. Hemos establecido un *acordonamiento* para evitar cualquier tipo de tráfico no autorizado de alimentos, fauna y flora desde estos lugares. Naturalmente, los vuelos desde y hacia los países citados han sido cancelados. Todas estas medidas son de carácter preventivo. Se han tomado en conjunto con los gobiernos de los países amazónicos y sus vecinos más cercanos y nos permitirán controlar una emergencia estrictamente local, de trascendencia menor. No hay nada de qué preocuparse. El día de mañana daremos otra conferencia de prensa para responder a sus preguntas. Buenas tardes a todos y disfruten su estancia en Nairobi.

«No hay nada de qué preocuparse». ¡Cuántas catástrofes de todo tipo habían tenido como banderazo inicial aquella frase tópica!

Steiner era consciente de ello y, sin embargo, durante los diez segundos de relativa calma interior que transcurrieron desde que abandonó el estrado hasta salir de la sala de prensa del PNUMA, sopesó detenidamente cada palabra y concluyó que tal vez nadie sería tan perspicaz como para notar lo perentorio de la frase.

Sí temía, en cambio, que alguien cayera en la cuenta de que su declaración no había sido más que una sarta de incongruencias y mentiras. Lo temía y al tiempo lo imaginaba posible. Pero, sin tener idea de la verdadera situación, ¿cómo podría haber dicho algo que no fueran deshonestas incoherencias?



Lo bueno era que tenía un plazo autoimpuesto de, al menos, veinticuatro horas más para inventar un par de mentiras *ad hoc* y darle un poco más de consistencia a las incongruencias ya dichas ante los medios de comunicación de todo el planeta. Lo malo era que al Secretario General de la ONU no le podría dar largas, ni evasivas, ni mentiras, ni mucho menos ignorar su llamada entrante e inquisidora.

—Buenas tardes, señor Secretario (...) Sí, señor, pero no entiendo, di órdenes explícitas para (...) Se suponía que los presidentes estaban informados, yo mismo redacté los cables enviados a las sedes de gobierno (...) Comprendo (...) Sí, sí, mañana a la misma hora (...) Por supuesto, le enviaré una copia del discurso antes de la conferencia de prensa (...) No, señor, no volverá a suceder.

Nairobi es una ciudad que rompe con la imagen mental que cualquier ser humano con acceso a un televisor podría tener de África. A pesar de estar ubicada tan cerca del Ecuador, su elevación moderada le da un constante y agradable clima primaveral, muy alejado de los reverberantes cuarenta y cinco grados de la sabana. Sin embargo, no es para nada extraño que cualquier europeo o norteamericano la haya visualizado —erróneamente— como un caserío con rudimentarias chozas, fuegos tribales y rodeada de selva virgen y camarógrafos del National Geographic. Yendo violentamente en contra del imaginario común, Nairobi es una de las ciudades más grandes de África y, también, una de las más desarrolladas.

Entre sus atractivos más destacables se pueden encontrar interesantes combinaciones entre zoológicos y reservas para el cuidado de animales, que contrastan con edificaciones abundantes y no muy lejanas. La zona con mayor concentración de riqueza cultural y museológica se halla (¿intencionalmente?) cerca de una de las insignias de la ciudad, el Uhuru Park, el equivalente keniano del Central Park neoyorquino. Incluso el Uhuru tiene un magnífico lago artificial, al que la extraña sabiduría popular le ha otorgado algunas de las características propias de un oráculo. Desde allí es posible divisar, imponente y colosal, el edificio que alberga al PNUMA.

Y desde una oficina emplazada en los pisos superiores de aquella poderosa estructura, Achim Steiner contemplaba las aguas pasivas del Uhuru, buscando en sus tenues reflejos la solución a la encrucijada que había iniciado muchos meses antes de la llamada enfurecida del Secretario General y de la fatídica rueda de prensa que había dado hace pocas horas; encrucijada que ponía en riesgo a casi todas las especies vivas del planeta Tierra, incluyendo también a la especie humana. En el fondo, Steiner sabía que buscar soluciones a un problema que no se entiende es, por no decir más, una tarea estéril.

Hace dos años (exactamente dos años, tres meses y diecinueve días), un meteorito cayó en el corazón del Amazonas colombiano. Los recién estrenados sistemas de detección de las agencias espaciales europea, norteamericana y japonesa dieron una muy oportuna alarma con dos semanas de antelación, suficiente para efectuar las maniobras de evacuación necesarias. Dado que, incluso en los albores del nuevo milenio, los láseres de protección contra meteoritos y demás basura cósmica no eran más que una fantasía recurrente en la Ciencia Ficción, nadie pudo evitar el impacto.



A veces la especie humana muestra tanto desinterés por el medio ambiente en aquella zona del planeta que, incluso teniendo la tecnología necesaria para hacerlo, muy pocos se habrían molestado en intentar una maniobra que salvaguardara del inminente peligro al *pulmón del mundo*.

El cuerpo celeste no mediría más de dos metros de diámetro al hacer contacto con el desafortunado (¿o afortunado?) país. Colombia fue, durante dos semanas, el centro del universo. Las agencias espaciales calcularon que a las 3:37 minutos del 4 de septiembre de 2017 el meteoróide se convertiría en meteorito; también establecieron un radio de seguridad de cien kilómetros. Inicialmente, este radio de seguridad había servido como guía para que las autoridades colombianas supieran hasta qué punto *y a quiénes* evacuar, pero las siempre peligrosas y creativas lógicas del mercado abrieron de nuevo sus fauces y engulleron todas las utilidades que pudiera traer el trozo de roca espacial consigo.

La más rimbombante y sonada de todas las locuras capitalistas desatadas por el meteorito fue, sin duda, la del turismo *de avistamiento*. Gran cantidad de agencias de turismo diseñaron planes «de última hora» para observar el impacto desde el borde mismo del perímetro evacuado. Muchas de estas agencias utilizaron la megacatástrofe que extinguió a los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años como imagen, eslogan y logotipo para facilitar la venta de sus itinerarios. Poco pareció importarles que aquel desastre haya sido ocasionado por un asteroide y no por un meteorito. El todo era ganar dinero. A partir de este... digamos, nuevo y pasajero mercado, surgieron otras ideas de negocio tan absurdas como vender, entre otros artículos, fragmentos de un meteorito que no había caído aún; recopilaciones de videos de otros impactos y catástrofes; enciclopedias astronómicas editadas en los años ochenta y que jamás lograron salir de las bodegas y amuletos de la buena suerte «para que el meteorito no caiga en su casa».

Pero, sin duda, los que se sentían más agradecidos con la bendición cósmica eran los dueños de las compañías mineras que venían observando desde hace décadas, con ojos famélicos, la riquísima selva del Amazonas colombiano. Brasil, Perú y Ecuador habían desarrollado contundentes políticas de protección de su porción del *pulmón de mundo*, pero Colombia... Colombia era siempre la excepción a la regla, una suerte de agujero negro donde desaparecen todos los atisbos de razón y lógica. Aquel país, que había visto toda su buena suerte materializarse en forma de meteorito, ya estaba negociando con multinacionales mineras los títulos de las tierras amazónicas evacuadas (se suponía que temporalmente), a cambio de jugosas pero nunca suficientes y, en comparación con el servicio ambiental que la zona prestaba al planeta, mediocres regalías. Misteriosamente, ninguna de las compañías se atrevió a perforar el Amazonas y todas huyeron del país en un lapso menor a tres meses. Casi como si el meteorito hubiera traído en sus entrañas pequeños y terroríficos seres extraterrestres que los hicieran huir despavoridos. Casi.

¿Y... qué tenía que ver el meteorito colombiano, el más limpio, considerado y amable de todos los inclementes golpes que ha dado el Universo a este pobre planeta,



con la preocupación de Steiner, su rueda de prensa plagada de mentiras y la llamada furiosa del Secretario General de la ONU? La respuesta a esta pregunta recién había sido anunciada por el intercom de la asistente del Director Ejecutivo del PNUMA, quien estaba girando el picaporte para entrar a su oficina.

Anna Porter, doctora en Ciencias Biológicas, considerada una *eminencia* en ecología, había trabajado durante más de veinte años en el PNUMA como asesora científica. Su rostro, ligeramente avejentado, daba pistas de una juventud reluciente de belleza y carisma, que ahora estaba más allá de los límites de su propia memoria. Pese a ello, su semblante de mujer intelectual iba ganando más y más fuerza con el paso de los años. Porter entró agitada, de una zancada, a la oficina de Achim Steiner. Para ella, los saludos nunca habían sido más que una molesta y obsoleta convención social.

—¡Es peor de lo que pensaba! —dijo y arrojó una carpeta repleta de papeles sobre el escritorio de Steiner.

—¿Peor que salir en televisión frente a todo el mundo, diciendo la primera chorrada que se te venga a la mente? ¿Peor que una reconvención directa, y por cierto, debo decir que no muy amable, por parte del Secretario General?

—Déjate de estupideces —respondió Porter—. ¡Está en juego el futuro de... bueno, toda la vida en la Tierra!

Steiner se quedó de una pieza ante la advertencia de su otrora compañera sentimental. Porter y él habían compartido una serie de escauceos amorosos hace ya bastantes años. Eso explicaba, de cierta forma, el porqué de la excesiva informalidad en el trato. Ya no existía ningún tipo de tensión sexual entre los dos, solo recuerdos enmarañados por la niebla de ocasionales y lejanas resacas.

El hombre se arrellanó en su silla, mientras la mujer le arrojaba de memoria datos, cifras y porcentajes, como si fuera una grabación de audio preparada con anterioridad y no ella quien estuviera hablando. La preocupación de Steiner era más que notoria —casi llegaba al borde del frenesí— y la agitación de Porter ya podría calificarse de histeria.

—A ver si entiendo lo que estás diciendo —intentó calmarse un poco el hombre—. El asteroide de 2017, el que cayó en el Amazonas colombiano, ¿es ese el problema?

—Parece como si no me hubieras escuchado nada, maldita sea —la mujer estaba notoriamente indignada—. No sé por qué me molesto en darte los detalles cuando podría estar dándoselos al presentador del noticiero de las siete.

—¡No vuelvas a decir algo así, ni en broma! —atajó el hombre.

—Entonces presta más atención, por todos los cielos. El meteorito... bueno, parecía normal, en apariencia es perfectamente normal...

—Pero...

—¿Recuerdas que hace unos años querías establecer contacto con alguna forma



de vida extraterrestre?

—¡Maldición! —fue la única respuesta que dio el hombre.

La tensión en la oficina de Steiner se habría podido cortar con un cuchillo. Ninguno de los dos presentes pronunció ninguna palabra durante dos minutos... o dos horas. La noche en Nairobi no es particularmente fría y tampoco presenta los cambios sutiles de temperatura que ayudan a intuir el paso del tiempo. Fácilmente podrían ser las once de la noche o las dos de la madrugada y, ni el hombre ni la mujer, habrían notado alguna diferencia.

La mujer rasgó el silencio, mientras el hombre echaba un vistazo a las hojas de su escritorio.

—No resultó del todo mal hablar de una zona de cuarentena ficticia. De hecho, creo que no pudiste haber tomado una decisión más acertada. Aislar al Amazonas del resto del planeta, así sea usando medios tan primitivos y excusas tan básicas como esa alusión a los alimentos que hiciste, fue algo tremendamente estúpido... y astuto al tiempo. Puede que hayas ganado un poco de tiempo. Necesitamos retrasar a toda costa el avance de...

—¿Retrasar? —replicó confuso Steiner—. ¿Has dicho «retrasar»?

—Achi —«Achi» era la forma que usaba Anna Porter para referirse a Steiner cuando quería aliviar sus zozobras— la cepa alienígena lleva incubándose en la Tierra durante más de dos años. Hace un año se hicieron notorias las reacciones atmosféricas que estas especies vegetales invasoras están causando en la zona del impacto. Temo decirte que...

—¿Es todo? ¿Se acabó... todo?

—No, no has entendido aún.

Las hojas que Achim Steiner había estado estudiando mientras Anna le hablaba contenían una síntesis bastante detallada de la situación. Un meteorito cayó en 2017, en el norte del Amazonas, en la República de Colombia. Salvo que fue el objeto cósmico que estrenó los sistemas detectores de las agencias espaciales norteamericana, europea y japonesa (con todas las implicaciones culturales que esto producía), nadie se lo tomó *verdaderamente* en serio. Causó un cráter de ochenta metros de diámetro y quemó unas noventa hectáreas de selva. El mundo, después de un tiempo, demostró una vez más su asombrosa amnesia autoinducida y se ocupó de aspectos más importantes. Pero el meteorito seguía allí, bastante ocupado en su misión. No había un solo minuto que perder. Cuando la temperatura bajó, las cepas vegetales alienígenas que habían viajado por varios miles de millones de kilómetros a través del vacío infinito del espacio, empezaron su labor. Se asentaron, entendieron la bioquímica de las especies endémicas de la Tierra y *plantaron* una mejor. En una atmósfera abundante en oxígeno y con un serio desequilibrio en sus niveles de dióxido de carbono, las *plantas* alienígenas introdujeron sulfuros a la combinación; primero en medidas muy pequeñas, luego a escalas notorias.





Las compañías mineras, recientemente asentadas en el lugar del impacto, no tuvieron otra alternativa que huir de los extraños e incomprensibles fenómenos naturales que tenían lugar en la nueva zona en disputa.

Los invasores se multiplicaron, prosperaron y empezaron a ganar terreno en un mundo que no era suyo. Lucharon contra las plantas terrícolas y su bioquímica... y ganaron. La selección

natural no se fija qué terrenos le corresponden a qué especies, ni qué planetas son para qué formas de vida. Si puedes sobrevivir, hazlo; si puedes evolucionar, evoluciona; si no lo haces, perece. Esta era la premisa de la evolución por selección natural que hizo célebre a Charles Darwin.

Los alienígenas estaban expulsando, poco a poco, a los terrícolas de su planeta.

Y la atmósfera. No contentos con expropiar los dominios de la vida, los invasores también adaptaron los gases a su antojo, *a su acomodo*. Las alteraciones empezaron a ser notorias para quienes podrían detectarlas: el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente fue el primero en recibir las señales de alarma y la doctora Anna Porter fue la primera en adivinar el curso de la disputa por la vida en la Tierra durante los próximos años.

Era bastante evidente. Primero acabarían con todo el Amazonas. Ninguna especie vegetal ha podido ni podría hacerle frente a los invasores. Por bioquímicas incompatibles, cualquier animal que intentara alimentarse de algún ejemplar de los nuevos reyes del Amazonas, indefectiblemente moriría envenenado. Sin fauna ni flora en la zona de mayor impacto ambiental en el planeta, una porción bastante considerable de la biodiversidad terrestre habrá quedado eliminada.

Luego de haber conquistado todo el *pulmón del mundo*, lo pondrían a respirar sulfuros en vez de oxígeno. Envenenarían toda la biósfera, acabarían con las especies aerobias restantes –incluyendo a los humanos– y pondrían letreros alrededor del planeta con frases del estilo «Bajo nueva administración». Todo en un abrir y cerrar de ojos en la escala de tiempo cósmica.

Al prever la situación, Porter se vio obligada a aceptar que, o bien la naturaleza y sus azares le habían jugado bastante sucio a la vida terrestre, o todo esto estaba planeado de antemano y los dos años que habían transcurrido ya del *protocolo* de invasión a la Tierra dejaban intuir un jaque mate en favor de la portentosa inteligencia extraterrestre. Sin embargo, la situación –fuera planeada o incidental– estaba aún en sus estadios primarios y todavía se podrían tomar acciones defensivas.

Una vez le hubo planteado el panorama a Steiner, la inevitable pregunta de alguien que ha trabajado mucho tiempo con burocracias y gobiernos y diplomacias in-



estables, se oyó al fin:

—Entonces, ¿estamos en guerra?

A primera hora de la mañana, Achim Steiner, Director Ejecutivo del PNUMA se comunicó con el Secretario General de la ONU. Le remitió, reparando hasta en los más nimios detalles, toda la información que había obtenido de mano de la más brillante de las ecólogas al servicio del planeta Tierra.

—Creo que la conferencia de prensa urgente del día de hoy le corresponde a usted, señor Secretario —terminó diciendo y colgó la llamada.

Steiner contempló una vez más el lago del Uhuru Park, esta vez no buscando respuestas, sino buscando, en sus agitadas aguas por el viento matutino, alientos para la larga batalla que deberían enfrentar a partir de ese momento todas las especies de la Tierra, en defensa de un planeta que siempre ha sido suyo y por derecho les pertenece.

© Jerson Lizarazo

**JERSON LIZARAZO, Bogotá, 1992, dedica su tiempo libre a interpretar el piano y estudiar Ingeniería Industrial en la Universidad Nacional de Colombia. Joven escritor de temas de ciencia ficción. Ganador del Primer Concurso Anual de Relatos de Ciencia Ficción de la revista Alfa Eridiani. Finalista del VI Concurso Nacional de Cuento. Ha publicado en la Revista Ergoletrías de la Universidad del Tolima y en la revista colombiana de ciencia ficción Cosmocápsula. Su relato *El chapucear de las gotas* formó parte de la selección oficial del *Uy! Festival del Miedo 2012*.**